

JOHN STUART MILL –SUS MEMORIAS: PRIMERA PARTE¹ (1874)

Henry Reeve²

Transcripción, edición y presentación de
José L. Tasset
Universidade da Coruña

Abstract

Transcripción digital actualizada de la traducción española de Henry Reeve “The Autobiography of John Stuart Mill”, *Edinburgh Review*, 134 (1874), págs. 91-129, publicada originariamente en la *Revista Europea* en 1874.

Keywords: John Stuart Mill; Harriet Taylor Mill; James Mill; Jeremy Bentham; recepción del utilitarismo; religión.

Resumen

Updated digital transcription of Spanish translation of the paper by Henry Reeve “The Autobiography of John Stuart Mill”, *Edinburgh Review*, 134 (1874), pp. 91-129, originally published at *Revista Europea* in 1874.

Palabras clave: John Stuart Mill; Harriet Taylor Mill; James Mill; Jeremy Bentham; Utilitarianism’s reception; Religion.

1 [Enviado: 12/05/2020. Aceptado: 14/05/2020.] [Entre corchetes se indican las notas de la transcripción actualizada; sin ellos, las notas originales de la edición de la *Revista Europea*. Este trabajo se ha llevado a cabo dentro del proyecto MCIU Referencia: RTI2018-093498-B-I00.]

2 [Henry Reeve (1813–1895) fue un periodista británico, amigo de juventud de John Stuart Mill. Acabo siendo uno de los ideólogos del sector más conservador de los *whigs* o liberales, como se desprende de alguna de las críticas contenidas en este escrito, principalmente de las que inciden en las actitudes religiosas de James Mill o John Stuart Mill y en general por la clara conexión que establece entre utilitarismo y ateísmo, una de las preocupaciones de John Stuart Mill a la hora abordar la difusión de las ideas utilitaristas y la posible y problemática recepción de estas ideas en la sociedad de su época.]

1. PRESENTACIÓN

Este trabajo incluye una transcripción actualizada de la traducción española del famoso artículo, nada complaciente, de Henry Reeve “The Autobiography of John Stuart Mill”, *Edinburgh Review*, 134 (1874), págs. 91-129. Fue traducido íntegramente en tres partes en la *Revista Europea*, nº 5 (29 de marzo de 1874), págs. 140-148; nº 6 (5 de abril de 1874), págs. 167-172; y nº 7 (12 de abril de 1874), págs. 195-203.

La referencia completa del artículo de Reeve y la identificación de su autoría proceden de Reeves, R. (2007). *John Stuart Mill: Victorian firebrand*. London: Atlantic.

En la edición de *Revista Europea* no se mencionaba el nombre del autor del trabajo; no se conoce el nombre del traductor o traductora de este trabajo al español.

Un colaborador de Esperanza Guisán, Miguel Ángel Alonso Me-lero, me puso hace ya algún tiempo tras la pista de esta traducción española, contemporánea del propio Mill, proporcionándome una copia impresa del texto de la primera parte del artículo. Las otras dos partes fueron recuperadas por mí a través del inestimable repositorio digital del Ateneo de Madrid. La transcripción de todos los textos desde la copia digital y la corrección de algunos errores ha sido hecha en su totalidad por mí.

El artículo pretende ser una reseña amplia de la *Autobiografía* de John Stuart Mill, pero va mucho más allá de ser un simple resumen, mostrándose en ciertos momentos incluso excesivamente crítico con Mill, rayando lo personal (en especial, en lo que se refiere a su relación con Harriet Taylor Mill), lo que puede explicarse a partir de las profundas diferencias que había mantenido el propio Mill con la dirección de la *Edinburgh Review*.

En 1855 Mill dejó de colaborar con esta revista, de orientación claramente Whig pero conservadora, durante bastante tiempo, como consecuencia precisamente de que Henry Reeve, anteriormente editor del *Times*, fue nombrado para dirigir la *Edinburgh Review*. En una carta a Harriet Taylor Mill, Mill es muy gráfico a este respecto:³

3 [Letter to HTM, 18 April 1854, CW, XIV, p. 421. Cit. por Richard Reeves, *John Stuart Mill: Victorian Firebrand* (London: Atlantic, 2007).]

“¡Reeve es el editor de Edinburgh [Review]! Definitivamente esta hundida” “Para nosotros, esto significa de nuevo una completa exclusión”.

Como señala Richard Reeves oportunamente, “Reeve empleó cuarenta páginas de su *Edinburgh Review* en una extensa demolición de Mill y de su obra, poniendo gran énfasis en la sospechosa relación con Harriet, y vinculándolo ampliamente con Rousseau, un hombre de similar moral dudosa y de política doctrinaria.”

Mill Volvería a publicar en esta revista pero mucho después de la muerte de Harriet Taylor Mill.

Este escrito de Reeve forma parte del conjunto de escritos, la mayoría hostiles, que se publicaron, primero, cuando Mill falleció en 1873 y, después de muerto Mill, cuando en octubre del mismo año Helen Taylor se encargó de publicar la justamente famosa *Autobiografía* de Mill. Muchas de esas reseñas y comentarios, entre ellas la de Reeves, tienen interés exclusivamente porque arrojan luz sobre cómo vieron sus contemporáneos a Mill y también sobre cómo se percibía socialmente el modelo utilitarista de pensamiento en ética, política, economía y derecho.

En todo caso, traemos a la luz de nuevo este interesante y polémico escrito en español, ya que, junto al ensayo de Emilia Pardo Bazán sobre Mill, ya publicado en *Télos* (Pardo Bazán, E. (2012). “Stuart Mill”. *Télos*, 1(3), 145-158), se trata de una de las poquísimas referencias a John Stuart Mill y a las ideas utilitaristas publicadas en nuestra lengua en la misma época de génesis y desarrollo del Utilitarismo clásico.

El texto se edita tal y como fue publicado en español en 1874 con algunas correcciones menores de acentuación y ortografía para ajustarlo al español actual. El texto se ha cotejado con copias digitales e impresas de la edición original en español de la *Revista Europea*. No se ha modificado sustancialmente la traducción, pero en algún caso de dudas con el sentido de alguna frase, se ha acudido al original publicado en la *Edinburgh Review*.

Como señala Richard Reeves en el epílogo de su magnífica biografía de John Stuart Mill, éste merecía que alguien brillante hubiera salido en su defensa cuando murió, pero no tuvo esa suerte, si es que la necesitaba. No obstante, el tiempo ha puesto a Mill y a sus detractores en el sitio que merecían.

REVISTA EUROPEA, Nº 5, 29 DE MARZO DE 1874

(PRIMERA PARTE: PÁGINAS 140-148)

JOHN STUART MILL

La vida de John Stuart Mill fue tan exenta de peripecias, tan retraída, y aun tan oscura, con excepción de los tres años durante los cuales fue miembro de la Cámara de los Comunes, que habra pocos hombres que hayan ejercido tan poderoso influjo en el mundo y sean tan poco conocidos de sus contemporáneos. Pero no parece sino que su muerte, acaecida durante la primavera del año pasado, haya despertado repentinamente la curiosidad del público por conocer más a fondo el carácter, las costumbres y la primera educación de tan notable y atrevido pensador. Sus méritos y sus errores han sido discutidos con extraordinaria pasión; bien que, salvo en el círculo limitado de sus más íntimos amigos, ni unos ni otros eran bastante conocidos para ser debidamente apreciados. Su candor, su osadía, su gran fuerza intelectual, su sincera devoción a los grandes intereses públicos y a la causa de la verdad, fueron parte a que casi le deificasen sus admiradores; pero el entusiasmo de éstos les hizo pasar por alto y no fijarse en sus paradojas, sus ilusiones y ciertos actos de su vida, que llevaban hondamente impreso el sello del error moral. Dotado de una fuerza de argumentación analítica, no superada por los más sabios filósofos, se distinguía a la vez por una debilidad de criterio que no pocas veces le hacía tomar por verdades inconcusas afirmaciones que no eran más que sueños utópicos; de suerte que una serie de argumentos sostenida con inimitable sutileza y arte, le conducía a conclusiones que el sentido común de un niño hubiera rechazado. Considerado como guía, no hubo nunca pensador menos digno de confianza, pues siempre se entretenía en explorar sendas extraviadas que le conducían a regiones en donde era imposible hallar certeza ni verdad. ¿Qué espectáculo más triste puede darse que el de un explorador de la verdad, de grande inteligencia y de instrucción vastísima, cuya vida se agotó en una lucha estéril, y que murió sin descubrir ni resolver nada de lo que más le importa saber y creer al hombre? Al

pensar en Mill, nos acordamos involuntariamente de las palabras de una autoridad que él jamás quiso reconocer; fue por excelencia uno de aquellos hombres que “estudiando siempre con ardor, no llegó nunca a conseguir el conocimiento de la verdad.” Así se comprende que, para citar una o dos de sus paradojas, sostuviese en la Cámara de los Comunes, a la sazón de la epidemia del ganado vacuno, que los labradores, cuyas reses el gobierno había mandado matar, habían sido suficientemente indemnizados con el aumento de valor que habían adquirido las reses de aquellas personas cuyo ganado no había sufrido. El condado de Cheshire había sido arruinado; en cambio el de Dorset más bien había mejorado; por lo tanto, decía Mill, Cheshire debía considerarse como indemnizado. En otra ocasión sostuvo que el aumento en el valor del terreno, debido a causas extrañas y no al cultivo, no debía corresponder al dueño de la finca. ¿Y por qué aplicar esta tesis al valor del suelo únicamente? Todo tráfico, toda empresa comercial esta fundada en la esperanza del aumento del producto. ¿Y por qué se ha de valorar la propiedad real en manera distinta que una obra de arte o que los fondos públicos? Ciertamente esta es la negación de la propiedad misma. Mill defendió la pena capital en el Parlamento, fundándose en el hecho de que las vidas de los grandes criminales son de poco valor, y su manutención en las cárceles públicas una carga gravosa para la comunidad. Nosotros mismos le hemos oído atacar la severidad de la pena llamada de trabajos forzados de por vida (*penal servitude for life*) comparada con la pena capital, y vino a deducir que fuera laudable proveer a los criminales sentenciados a trabajos forzados de por vida, de medios para suicidarse. Todos estos ejemplos revelan una falta de criterio cuyo origen se deja entrever en la falta absoluta de principios sanos. Las conclusiones son absurdas, porque la base es falsa. Mirado desde el punto de vista de lo que llama Mill “moralidad común”, el proveer los medios para suicidarse a un hombre dispuesto de suyo a emplearlos, es poco menos que un asesinato; pero la moralidad de Mill era una moralidad muy singular, no por maldad sino debido a un concepto equivocado del bien y del mal.

Nadie sino él hubiera podido dar explicación a tan extraño y confuso fenómeno. Ninguna pluma más que la suya hubiera podido relatar las raras peculiaridades de su educación infantil y del desarrollo gradual de su mente. Por fortuna debió creer, al parecer, que el cuento merecía contarse, y dejando a un lado aquella modestia que mueve a la mayoría de los hombres a ocultar sus pensamientos ínti-

mos, remató sus trabajos filosóficos con esta disección de su propia mente, para que se publicase después de su muerte; con lo cual nos ha dejado uno de los libros más curiosos e instructivos que puede hallarse en toda la extensión de la literatura. Las únicas obras con las cuales pudiéramos comparar este libro son las *Confesiones* de San Agustín y las *Confesiones* de Rousseau; pues aunque Mill distaba tanto de tener el entusiasmo ascético del uno como el sensualismo y la depravación de costumbres del otro, había en su carácter algo de los dos, y se sintió animado por la misma firme determinación de dejar a la posteridad un relato de su vida, que tiene más de molde que de estatua, más de fotografía que de cuadro. *Sume libros, hubiera podido decir, quos desirterasti Confessionum mearum. Ibi me inspice, ne me laudes ultrà quam sum; ibi non aliis de me crede, sed mihi; ibi me attende, et vide quod fuero in me ipso, per meipsum* (Agust. *Epist.* 251).⁴ Bien que fuese Rousseau en muchos conceptos la antítesis de Mill, pues el uno era hijo de la pasión, y el otro hijo de la reflexión abstracta, hay puntos en sus narraciones personales que denotan una semejanza entre ambos. Rousseau, cuando aún no había cumplido los seis años, solía pasarse las noches enteras en vela leyendo novelas con su padre hasta que se oían las golondrinas chirriar en los nidos, y en su infancia había llegado a dominar varios libros, cuya lectura y comprensión no es asequible en tal edad. Ambos carecían de imaginación, ingenio y memoria (así nos lo aseguran los dos), y ambos, por falta de experiencia del mundo, carecían de despejo, y habían menester tiempo para coordinar sus pensamientos; la conversación de ambos ora vacilante y trabajosa, aunque llena de profundidad; sobre ambos ejercían gran influjo las mujeres, si bien la pasión del amor se revistió en ambos de una forma especial; ambos fueron escépticos en materia de religión; pero el escepticismo de Mill era científico, y le llevaba muy más allá de donde llegaba el escepticismo de Rousseau; los paseos campestres, la herborización y la música constituían los únicos pasatiempos de los dos, y ambos eran apóstoles de la democracia, animados por un odio feroz contra las instituciones y creencias existentes, y resueltos a derribar la sociedad actual. Rousseau nació en 1712, cien años casi antes que Mill, pero las opiniones del reformador inglés en caso de haber sido adoptadas por sus compatriotas, hubieran ejercido un influjo en el siglo

4 [Las citas latinas de Reeve a lo largo del texto están a menudo incompletas o llenas de errores.]

decimonono, no muy distinto del que ejerció el entusiasta ginebrino en la generación del último siglo, y ciertamente no menos destructora. Por cierto, en cuanto al fin declarado de sus especulaciones, Mill era, con mucho, el más destructor de los dos, pues quiso subvertir las verdades eternas que forman la base de la sociedad, negando al hombre el derecho de propiedad en este mundo y la esperanza en una existencia futura.

Nosotros mismos tratamos íntimamente a Mill durante los primeros años de su vida, cuando, como luego tendremos ocasión de manifestar, sus conocimientos eran tan extraordinarios que le separaban por completo del tipo común de los muchachos de su edad. Hemos seguido paso a paso y con sumo interés su carrera filosófica; y en sus últimos años nos ha honrado más de una vez con trabajos para esta revista⁵ que versaban sobre materias tocante a las cuales nuestras opiniones no estaban del todo en desacuerdo con la suya. Tal vez estas circunstancias sean parte a acrecentar el interés que despierta en nosotros esta *Autobiografía*; pero, o nos engañamos mucho, o conservara un lugar duradero en la historia de la literatura. Al hacer el juicio crítico de las Memorias del ilustre Grote, escritas por su viuda⁶, tratamos de dar un ligero bosquejo de la escuela llamada de los Radicales filosóficos (*Philosophical Radicals*), o sean de los Utilitarios (*Utilitarians*), cuyo fundador fue Bentham, James Mill su divulgador, y eminentes discípulos de la misma Grote y John Mill. Seguimos hasta su mismo origen la divergencia que existía entre sus principios y las creencias y los principios éticos del orbe cristiano, bien que no hicimos más que aludir de paso a las doctrinas esotéricas de dicha secta, de las cuales, y por cierto que esto es curioso, pocos vestigios se encuentran en sus propias obras, pues parece que estaban convencidos, y en esto juzgaban con bastante acierto, que si revelasen en toda su desnudez la repulsa absoluta que hacían de los principios de la fe religiosa y de la responsabilidad del hombre a Dios, que constituye la norma de la vida en todo el orbe civilizado, correrían gran peligro de que nadie prestase oído a sus manifestaciones relativas a cualquier otro asunto. El objeto del famoso “Estudio sobre la Libertad” (*Essay on Liberty*) de John Mill, que él califica de la más esmeradamente escrita y la más meditada de todas sus obras, fue indudablemente el de vindicar, hasta donde fuese posible, el derecho de decir cuanto

5 Revista de Edimburgo (*Edinburgh Review*).

6 Revista de Edimburgo: Núm. CCLXXXI, 1873, pág. 227.

quisiere sobre todas las cosas; y uno de los motivos de la acritud con que siempre habla de la sociedad inglesa, es el hecho de haberle sido negado esta entera libertad, o al menos el haberle sido únicamente otorgada bajo ciertas penalidades sociales, que él mismo no estaba dispuesto a sufrir. En efecto, su padre en época muy temprana había inculcado en él la convicción de que tales opiniones, “a obrar con prudencia, no podrían manifestarse abiertamente;” y aun cuando esta especie de disimulo repugnaba en extremo al carácter sincero y atrevido de John Mill, sin embargo, en general siguió el consejo de su padre. Pero después de su muerte, parece que se resolvió a hablar con completa claridad. Esta obra póstuma contiene la confesión franca y explícita de que, según la opinión de la escuela en que él se crio, no se puede saber nada de Dios ni de una existencia futura, y que él mismo fue educado sin creencia alguna religiosa, es decir, en la acepción vulgar de esta palabra. De esta premisa resulta que toda noción moral que tenemos ya inculcada, debe ser fundida de nuevo, y si sobrevive en algún modo, tendra que sobrevivir apoyada en bases distintas. Cuando las obras escépticas de Lord Bolingbroke fueron publicadas después de su muerte en 1754 por Daniel Mallet, con escándalo, según dice Boswell, de “todos los hombres de bien”, exclamó el célebre Dr. Johnson: “Os digo que fue un villano y un cobarde: un villano por haber cargado y apuntado un trabuco contra la religión y la moralidad; y un cobarde porque no tuvo valor para dispararlo él mismo, sino que tuvo que dejar media corona a un miserable escocés para que tirara del gatillo.”⁷ Estas frases, destempladas y ofensivas, refiriéndose a Lord Bolingbroke, serian aún menos justas aplicadas a John Mill, y a la obra, objeto de este artículo. La deferencia silenciosa que tributó durante su vida a una religión en que no creía, nos inspira antes gratitud que otra cosa; sabemos que uno de los principales fines de su vida fue el establecer una nueva norma de moralidad; y merced a la completa revelación de su verdadero modo de ver, des-

7 [El odio visceral del Dr. Johnson se dirige en esta ocasión claramente contra David Hume, por aquel entonces en pleno apogeo “impío y antirreligioso”. Cfr. sobre la filosofía de la religión de David Hume mi “Introducción” a David Hume: *Escritos impíos y antirreligiosos*, Tres Cantos (Madrid): Akal, 2005. Sobre la relación entre Hume y el Dr. Johnson, toda ella mediada por la figura de Robert Boswell, amigo de ambos, cfr. James Boswell. *La Vida de Samuel Johnson, doctor en leyes*. Barcelona: Acantilado, 2007 y también la brillante exposición del proceso de construcción de la vida de Johnson por Boswell en Adam Sisman, *Presuntuoso afán: así escribió James Boswell “Vida de Samuel Johnson”*, Documentos. Barcelona: Belacqva, 2008.]

pués de su muerte, nos ha facilitado medios para comprender y demostrar la verdadera causa de sus desengaños, sus equivocaciones, sus fallidos intentos, pues como tales debe considerarse, mirando desde el punto de vista filosófico, el hecho de acabar por probar a sí mismo que nada puede saberse de fijo. El objeto de todas las demás filosofías, que merecen el nombre de filosofía, ha sido el de explorar y hacer patente lo que hay de divino en la naturaleza y en el hombre. Pero la filosofía utilitaria empezó y acabó por excluir y negar hasta la existencia de todo aquello que se resiste a la comprensión de los sentidos. Esta dura lección, inculcada en Mill desde su infancia, fue causa de su perdición. Pero tratemos ante todo de descubrir la marcha que siguió para aprenderla, los efectos que produjo en su carácter, los esfuerzos que hizo por librarse de sus ulteriores consecuencias, y el estado en que finalmente recayó bajo la presión de otra poderosa influencia.⁸

El admirable Crichton tenía sólo diez y siete años de edad cuando retó a toda la universidad de París en el colegio de Navarra a disputar con él *de omni seibili* en doce lenguas, y se llevó los premios de las escuelas tan fácilmente como había ganado los de las lizas. Los conocimientos de Mill no eran tan varios, pues carecía de los dones y prendas que da una vida activa, y su educación fue dirigida exclusivamente con el fin de ejercitar y adiestrar su entendimiento; pero para lograr este objeto su padre juzgó indispensable el dominio de las lenguas muertas y el ejercicio constante de las facultades argumentativas. En el albor de la infancia empezó a aprender griego, y el primer recuerdo que conservaba de la vida era el de aprenderse de memoria palabras griegas. A los ocho años ya había leído a Heródoto, Jenofonte, parte de Luciano y de Isócrates. Cosa más maravillosa aún; a los siete años ya había leído seis diálogos de Platón, incluso el *Theaetetus*; de este último observa con bastante discreción, que hubiera sido mejor haberlo omitido, pues era de todo punto imposible que lo entendiese. ¿Y los demás, los había dominado? Mill el padre, que fue el único maestro é instructor de su hijo, no sólo exigía constantemente de él cuanto podía hacer, sino mucho más de lo que era posible que hiciese. Se parecía en esto al padre de Federico el Grande y al de Mirabeau, el antiguo *ami des hommes*. Recordamos haber oído decir que nada le interesaba tanto como observar los esfuerzos

8 [Aquí comienza la diatriba de Reeve sobre la influencia en Mill de Harriet Taylor, que desarrollará en las partes dos y tres de este escrito.]

de la inteligencia infantil, aún en los niños más pequeños; y no parece sino que al someter a su hijo a este sistema extraordinario de enseñanza, hacia un experimento con el fin de satisfacer su propio amor a la teoría y su ansia de poder. Ello es que tenía bajo su tutela a un niño de notable entendimiento, y muy sufrido; aunque el mismo James Mill opinaba, según la doctrina de Helvecio, que todos los hombres nacen con facultades iguales, y que su mayor o menor fuerza mental es meramente resultado de su educación y de las circunstancias.

La lectura de autores ingleses, señalada por este padre a su hijo prodigioso, no era menos descomunal que la de los autores griegos. Antes de cumplir los diez años el joven filósofo ya había leído a Robertson, Hume, Gibbon, el Felipe Segundo de Watson, la Roma de Hooke, a Plutarco, Burnet, casi veinte tomos del Registro Anual (*Annual Register*), a Mosheim, gran número de libros de viajes, y no pocas obras de imaginación. Añadió a estos, antes de cumplir los doce, a Virgilio, Horacio, Tito Livio, Salustio, algunas comedias de Terencio, parte de Lucrecio y Cicerón, la *Iliada* y la *Odisea*, todas las obras de Tucídides, Demóstenes, Esquines y Lisias, varios libros de Polibio y de la *Retórica* de Aristóteles, que extractó en forma de tablas sinópticas. Todo esto era independiente de lo que él llama su lectura privada; y a los once o doce años compiló, extractado de Tito Livio y Dion, una *Historia del gobierno romano*, sobre la cual escribió cosa de un tomo en octavo, cuyo contenido se extendía hasta la época de la proclamación de las leyes Licinias, en que se proponía, con presciencia característica, vindicar la política de las leyes agrarias y sostener el partido democrático en Roma. Tampoco dejó de aplicarse a las ciencias, y sobre todo a la química, y antes de haber visto un sólo experimento ya había devorado tratados enteros referentes a esta materia. A los doce años tomó su educación carácter más severo. Profundizó con ahincó la *Lógica* de Aristóteles, empezando por el *Órganon*, lo leyó hasta los *Analíticos* inclusive; pero confiesa que le aprovechó poco el estudio de los *Analíticos* posteriores, cosa que no nos sorprende. Como condimento para este pasto, su padre le regalaba con varios tratados latinos sobre *lógica escolástica*, y su único recreo consistía en un paseo diario en compañía de aquel padre terrible y tan susceptible al enojo, durante el cual exigía del alumno que contestase a un fuego graneado y constante de prolijas preguntas, y se hiciese bien cargo de la utilidad de esta gimnasia intelectual.

Hemos extractado en breves palabras del tomo que tenemos delante⁹ estos datos asombrosos, que fueran absolutamente increíbles, a no estar apoyados en las afirmaciones de un hombre de la más pura veracidad. Al leerlo se nos corta el aliento. Con todo, nos resistimos todavía creer que la mente de un niño de diez o doce años pudiese derivar alimento alguno de tan duro manjar; si bien no dudamos que con el ejercicio de estos estudios adquirió John Mill aquel hábito de aplicación intensa, de exacto raciocinio y correcto lenguaje, que de tanto provecho le fue durante el trascurso de su vida. Por grandes que fueran la tensión de sus facultades y el temor a la severidad de su padre, habla con agradable recuerdo de su infancia; y observa con gran verdad que no es posible conseguir sólo por la fuerza y persuasión de buenos consejos y palabras que los niños se apliquen con energía y perseverancia al estudio de materias tan desabridas y enojosas. El sistema de educación moderno es infinitamente menos brutal y tiránico; pero en cambio los hombres que se educan por él serán incapaces de hacer nada que les desagrade. No puede haber verdadera fuerza donde no hay disciplina; y atribuimos precisamente la decadencia aparente de la clase más elevada de entendimiento en el orden de las profesiones liberales, que es, a la verdad, muy chocante en los tiempos actuales, no a la índole y extensión de las materias enseñadas, pues en ese concepto hemos adelantado y ensanchado nuestro horizonte, sino al grado de aplicación que el profesor prescribe y exige del alumno.

Se siente una verdadera satisfacción al saber que en 1817 pudo escaparse de vez en cuando el joven Mill de aquel *ergastulum*, para disfrutar de la alegre campiña que rodeaba el pintoresco retiro de la abadía de Ford, donde por aquel entonces residía Bentham; y en 1820 disfrutó de mayor y más grata distracción que le proporcionó una temporada de doce meses que pasó en el mediodía de Francia con la familia del general Sir Samuel Bentham. Esta visita le ayudó a dominar por completo el idioma francés, y despertó en él grande afición y cariño hacia Francia y el pueblo francés, que conservó hasta que bajó a la sepultura en Avignon. También asistía a las cátedras de

9 *Mis memorias. Historia de mi vida y de mis ideas*, por John Stuart Mill. [El autor hace referencia en este párrafo a la primera edición de la famosa *Autobiografía* de John Stuart Mill aparecida en Octubre de 1873. Hay una magnífica edición de esta obra llevada a cabo magistralmente por nuestro querido amigo, tristemente fallecido este mismo 2019, Carlos Mellizo. V. John Stuart Mill: *Autobiografía*. Madrid: Alianza, 1986.]

Montpellier, y esta estancia en el mediodía de Francia fue una de las pocas ocasiones que tuvo durante su vida de frecuentar reuniones y tertulias. Sin embargo, la impresión que le causó no fue exacta. Desconocía por completo el trato de la sociedad inglesa, pero había recibido de su padre la noción, confirmada luego por él mismo, que el tono moral de la sociedad inglesa era esencialmente vulgar; que las aspiraciones de esa sociedad tienden hacia objetos pobres y mezquinos, y que sus compatriotas se distinguen por la falta de sentimientos nobles y elevados principios de acción. Mientras que en Francia, dice, “los sentimientos que relativamente por lo menos pueden llamarse elevados, son como la moneda corriente del trato social, y aunque se evaporan a menudo en vanas declamaciones, se mantienen vivos en el pueblo merced al uso constante;” pues opina que “el uso o ejercicio habitual de tales sentimientos fomenta la cultura del entendimiento hasta en las clases menos ilustradas de varios países del continente de Europa, en un grado que no alcanza en Inglaterra ni aun entre las clases que se llaman ilustradas, pues la generalidad de los ingleses, considerados como seres espirituales, se ven condenados a una especie de existencia negativa.” Este modo de hablar parece extraño en labios de un hombre como Mill, pues las palabras “sentimientos” y “seres espirituales” no son realmente propios del diccionario benthamista; y esta reflexión no la da Mill como resultado de sus observaciones juveniles en 1820, sino de su experiencia posterior. Fácil nos sera dar una explicación más directa de esta preferencia dada por Mill al tono moral de la sociedad francesa comparada con la inglesa. Cuando se encuentran en Inglaterra tales principios elevados de acción (y creemos que se encuentran allí con tanta frecuencia acaso como en cualquier otro país) están basadas, por regla general, en convicciones religiosas: en Francia están generalmente basadas en concepciones elevadas de importancia personal o de obligaciones sociales. La ley social de una nación se llama deber; la de la otra honor; pero el deber en el sentido de obediencia a la autoridad religiosa y a la conciencia, no ocupa lugar alguno en la filosofía utilitaria. Por otra parte, en Francia veía una sociedad altamente democratizada, que acababa de brotar de una revolución; en Inglaterra sólo veía una sociedad que de buena gana hubiera él querido entregar a una disolución semejante a la de Francia.

Es indudable que esta excursión a Francia inhaló una nueva vida en Mill. Fue, en efecto, la primera vislumbre que vio de la vida real del mundo; hasta entonces había vivido en celda solitaria condenado

a penosos trabajos. El clima apacible de la Francia meridional, la vista de las cumbres pirenaicas y las olas del Mediterráneo, la sociedad de mujeres de ameno trato (pues Lady Bentham y sus hijas eran personas de educación ilustrada), el hermoso paisaje, y la afición a la botánica, despertaron en él sentimientos que hasta entonces le habían sido completamente extraños, pero que existían en él con intensidad grande. Pues es una de las peculiaridades del carácter de Mill que abrigaba en sí una corriente de sentimiento y hasta de poesía refrenada por la severa disciplina de su educación, y su existencia pudiera describirse como un esfuerzo por llegar a un estado de ser más ideal, aunque estando como encadenado y sujeto a la forma más áspera de la realidad. Nuestra amistad personal con él data desde su regreso de Francia en 1821. Mill tenía entonces quince años; y a pesar de sus conocimientos prodigiosos para aquella edad, no se notaba en él cosa alguna que revelase al pedante, sino antes señales de una disposición amable y afectuosa. Era excesivamente cariñoso con los niños de menos edad que él. Nos acordamos vagamente de un pequeño drama que escribió para su entretenimiento, y pocos días atrás vimos, entre un montón de papeles relativos a asuntos de familia, una referencia en estilo jocoso a una representación teatral de niños, escrita en letra muy juvenil por un tal “Don Molino”,¹⁰ que en aquella ocasión hizo de apuntador. Pasamos el otoño del año siguiente con él en la costa de Norfolk, donde se ocupaba principalmente en formar y ordenar una colección de algas y yerbas marinas, a las cuales daba Mill sus nombres científicos, pues se ocupaba ya entonces en formar el gran herbario que, según hemos oído, ha legado al Museo Botánico de Kew.¹¹ Rayaba en pasión su afán por hallar una planta rara, costase lo que costase el buscarla, y el gusto de encontrarla le proporcionaba un momento de deleite. Tanto él como su padre fueron grandes e incansables andadores. Andaban hasta rendirse, y no hacían otra clase de ejercicio. Por entonces, por cierto, se puso de moda la gimnasia, y Mr. Bentham convirtió su cochera en gimnasio. Era morir de risa ver al robusto John Austin balanceándose en las paralelas, al ágil Colls (el amanuense de Mr. Bentham) retorciéndose en el trapecio, y

10 [Obviamente, “Mr. Mill”.]

11 [El Real Jardín Botánico de Kew, llamado comúnmente Jardines de Kew, es un extenso jardín botánico que se encuentra entre Richmond upon Thames y Kew, en el sudoeste de Londres.]

al joven Mill, que era de complexión delicada y de aspecto casi afeminado, colgado del torniquete.¹²

Estas distracciones, sin embargo, no eran sino interrupciones momentáneas en aquel gran curso de estudios y trabajos mentales, destinados a regenerar el linaje humano. Tal era la disciplina de su orden, y nunca monje alguno se entregó con más ascética austeridad al cumplimiento de las reglas de una orden monástica que estos benthamitas al logro del único objeto de su vida. El joven Mill dice precisamente en este libro, que no dudó un sólo instante de que tenía la misión de reformar el mundo, y por lo tanto, añadió a sus anteriores estudios un curso completo de economía política, que estudió bajo los auspicios de su padre y de Ricardo, íntimo amigo de aquel: estudió derecho romano con John Austin, sospechando acaso que pudiera algún día ser llamado a seguir la carrera jurídica, aunque le habían enseñado a mirar con horror y desprecio aquel farrago de despropósitos, el código legal de Inglaterra; y cuando cumplió los diez y ocho años, Mr. Bentham eligió a este mancebo para ser el editor de aquella *indigesta moles* de su propia obra sobre “Evidencia judicial” (*Judicial Evidence*), que fue dada a luz por John Mill en seis tomos en octavo, empresa literaria muy extraordinaria por cierto¹³. Por esta época empezó a escribir en el *Morning Chronicle*, el *Examiner* y otras revistas periódicas; fundó varias sociedades científicas para la discusión de asuntos filosóficos y políticos, auxiliado por los jóvenes que se movían en torno de Bentham; de aquí data su entrada en la vida literaria, en que siguió brillando por espacio de cuarenta años.

Nos parece oportuno entrar aquí en algunas consideraciones relativas a la verdadera extensión y tendencia de sus estudios. Ya hemos referido lo que había aprendido y leído; digamos ahora lo que dejó de estudiar y aprender. En primer lugar, en este libro no se hace alusión alguna a su madre, y sólo de pasada alude a sus hermanos. Su padre

12 [Barra horizontal para ejercicios gimnásticos. Sólo por esta imagen de Mill haciendo ejercicios de barra, que hubiera hecho las delicias de mi amiga y maestra Esperanza Guisán, ha merecido la pena reeditar este escrito de Reeve.]

13 Al hacer el juicio crítico de esta obra de Bentham, la Revista de Edimburgo censuró con gran acritud, aunque no sin justicia, al autor Bentham y a su joven editor Mill. “En toda esta obra, decia, se advierte un aullido injurioso, que no tiene comparacion alguna con nada filosófico ni escolástico, sino es quiza con el acompañamiento de ladridos con que una lechigada de jóvenes cinicos acostumbraba asistir a las conferencias del tonel de Diógenes.”

fue su único tutor y guía; no nos atrevemos a decir su amigo. Mrs. Mill, su madre, era, por lo que nosotros recordamos, una mujer casera, una buena ama de gobierno, en la verdadera acepción de la palabra, sin aspiración alguna a ser considerada como mujer elegante y de educación esmerada. James Mill, quien denunció siempre los casamientos precoces y la abundancia de prole como una ofensa odiosa contra la sociedad y la moral, no siguió ciertamente su doctrina en lo tocante a este particular, y hasta conseguir el empleo que desempeñó en las oficinas de la compañía de la India (cuyo nombramiento honra igualmente a dicha compañía y al mismo Mill), tuvo que luchar con mil apuros para poder existir. Es indudable (como puede deducirse de su silencio respecto de ella) que la madre de Mill no ejerció influjo alguno propio del tacto y cariño maternal en la educación de su hijo primogénito: vivía en sumisión absoluta a la voluntad de su marido; y cuando John Mill escribió más adelante acerca de la esclavitud del matrimonio, afectaron tal vez sus opiniones las escenas domésticas que había presenciado durante su juventud. Lo cierto es que no se vio rodeado de las influencias tiernas y geniales de la familia, y le tocó hacer las veces de maestro de escuela con sus hermanos menores. No conoció nunca el verdadero encanto de la vida doméstica, cuna y hogar de todo afecto.

Tampoco interrumpió la soledad de su infancia el trato alegre de la escuela. Su padre tuvo cuidado de apartarlo de todos sus coetáneos, para que no le corrompieran con sus supersticiones y ejemplo, hasta tal punto, que él mismo no se daba cuenta de que su educación y conocimientos eran distintos completamente de los de todos los muchachos de su edad. Merced a esta crianza, según el sistema de Mr. Mill, se excluía todo aquello que podía afectar la imaginación ó el corazón. La traducción de la *Iliada* de Homero por Pope, parece ser el primer poema inglés que llegó a manos de su hijo, y lo leyó con avidez, aunque más por la versificación que por el fondo poético. Más adelante pudo leer a trozos las “Estaciones” de Thomson. No habra dejado de notar el lector que el libro cuya lectura le estaba prohibido con más rigor, era precisamente aquel que ha ejercido más poderoso influjo en los pueblos civilizados del mundo. La piedad fervorosa de los poetas hebreos; las sublimes metáforas de los Profetas; la animada narración de la historia judaica; la moralidad y el ejemplo de Cristo, y la filosofía de San Pablo, todos basados en la idea más clara de la Majestad divina que jamás pudo concebir el corazón humano, estaban vedados para él. Igualmente desconocidas le eran las subli-

mes enseñanzas que se derivan de las grandes obras de arte, que ningún influjo ejercieron en su desarrollo intelectual y moral. El poder de las artes, como expresión visible de la belleza y la verdad ideal, era completamente ignorado del autor del “Análisis de la Mente humana”. Apenas tuvo idea o comprensión de las facultades a que aquellas se dirigen. La figura que él se había forjado, compuesta de los cinco sentidos, y a la que daba el nombre de hombre, carecía por completo de los más altos dones de la naturaleza humana. El mismo Shakespeare era ininteligible para Mill el padre, si bien admiraba a Milton, probablemente por la sutileza y sofistería de Satanás y sus querubenes.

El arte fue para su hijo un libro sellado. Por lo tanto, ofrecía el joven Mill a la edad de diez y seis años el singular ejemplo, falto de toda atracción, de un joven sin chispa de ingenio, sin idealismo ni imaginación¹⁴; con pocos o tal vez ningún lazo doméstico o social; con sentimientos completamente aplastados y comprimidos por una rigurosa disciplina mental, y con una falta absoluta de religión. Pero para que no nos tachen de exagerados, nos cumple presentar el cuadro de este estado árido de su alma pintado por él mismo.

James Mill, el padre, había sido en su juventud creyente y cristiano, y, como ya hemos dicho, estudió en Edimburgo para la iglesia escocesa. Vemos, pues, que la fe se ofreció a su mente bajo la forma calvinística. Parece, sin embargo, a juzgar por indagaciones hechas en la biblioteca de la universidad de Edimburgo, que los libros que solía leer allí con más frecuencia eran de índole escéptica. El argumento que destruyó en él la fe era muy sucinto. Opinaba como aquel rey de Aragón que dijo que si le hubiera tocado a él la creación del mundo, lo hubiera hecho muchísimo mejor de lo que es. Mill padre, no podía reconciliar la existencia del mal con la omnipotencia de un Creador justo y benévolo; y como no acertaba a desenmarañar tan inescrutable misterio, cedió a la convicción de que nada absolutamente se puede saber relativamente al origen de las cosas. (Página 39.)

“Su inteligencia rechazaba las sutilezas, mediante las cuales los hombres tratan de cegarse ante esta contradicción manifiesta. No se hubieran atrevido a condenar de igual manera la teoría sabea o maniquea relativa a un principio benéfico y otro maléfico que se disputan a porfía el gobierno del universo; yo le he oído manifestar la extrañeza

14 Confiesa, sin embargo, que a la edad de trece años, las poesías de Campbell, Lochiel, Hohenlinden, etc., despertaban en él sensaciones que nunca había experimentado hasta entónces.

que le causaba el que nadie tratase de resucitar esa doctrina en nuestros tiempos. La hubiera considerado meramente como una hipótesis, pero no la hubiera acusado de ejercer influencia alguna perniciosa en las costumbres. De todos modos, su aversión a la religión en el sentido que generalmente se da a esta palabra, era semejante a la de Lucrecio: la miraba con el sentimiento que inspira, no una mera ilusión mental, sino un gran mal moral. La consideraba como la mayor enemiga de la moralidad; en primer lugar por erigir excelencias ficticias, tales como la creencia en los credos, los sentimientos devotos, y ceremonias que en nada contribuyen al bien del género humano, y porque hacía que éstos se aceptasen en lugar de virtudes genuinas: pero ante todo, por viciar y rebajar la norma de la moralidad; haciéndola consistir en la obediencia a la voluntad de un ser, al cual, por cierto, colma de todos los epítetos de la adulación, pero que pinta con toda seriedad como eminentemente aborrecible. Mil veces le he oído decir, que todas las edades y naciones han representado a sus dioses como perversos, en una constante progresión creciente, que los hombres han ido añadiendo rasgo sobre rasgo, hasta que han llegado a la concepción más perfecta de la maldad que pueda imaginarse la mente humana, y a eso han llamado Dios, y se han postrado ante él. El creía que este *ne plus ultra* de maldad estaba incorporado en lo que se presenta generalmente a la humanidad como el credo cristiano.”

Por lo visto no se le ocurrió nunca a Mr. Mill el preguntar si lo que presentaba la iglesia Escocesa y sus ministros como el credo de la religión cristiana, era realmente la única enseñanza que podía sacarse de la religión del Evangelio y de la idea de Dios. Pero abrigando esta creencia puramente negativa, cimentó en ella la educación de su hijo.

“Hubiera sido completamente opuesto a las ideas de mi padre respecto al deber, el haber permitido que adquiriese yo impresiones contrarias a sus convicciones y sentimientos relativos a la religión: y ante todo, inculcó en mí la convicción de que era cosa completamente ignorada la manera en que se verificó la primera formación del mundo: que la pregunta ‘¿Quién te hizo?’ no admite contestación alguna, porque no poseemos experiencia ni noticia alguna auténtica en que fundar la contestación; y que cualquiera contestación que se de, no hace más que echar la dificultad un paso más atrás, puesto que se presenta inmediatamente la otra pregunta: “¿Quién hizo a Dios?” Al mismo tiempo tuvo buen cuidado de que yo me enterase de lo que la humanidad había pensado acerca de estos impenetrables problemas. He dicho ya a qué edad tan precoz me obligó a leer la historia eclesiástica; y me enseñó a fijar mi atención particularmente en la Reforma que él consideraba como la grande y decisiva contienda entre la

tiranía clerical y la libertad del pensamiento. Yo soy, por lo tanto, uno de los raros ejemplos que hay en este país de aquellos que, no habiendo arrojado de sí la creencia religiosa, no la tuvieron jamás: me crié en un estado negativo respecto de ella. Miraba la religión moderna por el mismo prisma exactamente que la antigua, como cosa que en nada me concernía. No me causaba más extrañeza el saber que los ingleses creyesen en algo que yo no creía, que el leer en Heródoto que lo propio hicieron los hombres aquellos de quienes me daba cuenta en su libro.”

La descripción que hace Mr. John Mill del carácter y de las opiniones de su padre, es tan singular é instructiva, que no podemos menos de reproducir otro trozo de ella. Por él veremos que estos filósofos, habiendo rechazado absolutamente toda idea de revelación, y condenado la fábrica toda de la religión cristiana, hubieran querido hacer retroceder las manillas del reloj del tiempo el espacio de dos mil años, y levantar de nuevo un verdadero paganismo, tomándolo prestado del tonel de Diógenes o de la zahurda de Epicuro.

“En su modo de juzgar la vida participaba del carácter del estoico, del epicúreo y del cínico, no en el sentido moderno de estas palabras, sino en el antiguo. En sus cualidades personales predominaba el carácter estoico. Por lo que se refiere a la moral, era epicúreo, en cuanto que esta doctrina era utilitaria, y tenía por única prueba del bien y del mal la tendencia de las acciones a producir goce o dolor. Pero apenas tenía (y esto constituía el elemento cínico) fe alguna en el goce, al menos en sus últimos años, de los cuales únicamente, en lo que toca a este punto, puedo hablar con exactitud. No era insensible a los goces; pero creía que muy pocos de ellos valían lo que cuestan, al menos en el estado actual de la sociedad. Solía atribuir la mayor parte de los infortunios y extravíos de la vida al valor excesivo que dan los hombres a los placeres. Por consiguiente, la templanza, tomada en el sentido lato que le daban los filósofos griegos, venía a ser para él, como para aquellos, casi como el punto central de donde arrancan todos los preceptos de la educación. Guardo aún vivo el recuerdo del ahinco con que se esforzaba a inculcar en mi alma esta virtud en mi infancia. Pensaba que la vida aún bajo las mejores condiciones, valía bien poco, pasada ya la frescura de la juventud y de la curiosidad no satisfecha. Era este un tema sobre el cual raras veces hablaba, y sobre todo, como puede suponerse, delante de gente joven: pero siempre que lo hacía hablaba en tono de profunda y arraigada convicción. Solía decir algunas veces, que si la vida fuera lo que pudiera llegar a ser merced a un buen sistema de gobierno y de educación, valdría la pena de vivir; pero no habló nunca con entusiasmo, ni mucho me-

nos, ni aun de esta eventualidad. No vaciló nunca en apreciar el goce intelectual en más que cualquier otro goce, considerado únicamente como goce, independientemente de los beneficios ulteriores que pudiera acarrear. Daba un lugar preeminente a los goces que nacen de los afectos benévolos; y solía decir que los únicos hombres de edad felices que había conocido, eran aquellos que habían logrado volver a vivir contemplando los goces de la gente joven. En cuanto a las emociones apasionadas, mostraba hacia ellas y hacia cuanto se había escrito en loor de ellas, el mayor desprecio. Las miraba como una especie de locura. “Lo intenso” era en su boca una palabra de censura despreciativa. Consideraba una aberración de la moralidad de los tiempos modernos, comparada con la de los antiguos, la gran importancia que se atribuye al sentimiento, creyendo que el sentimiento como tal no era digno ni de alabanza ni de vituperio. Lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, le parecían únicamente cualidades de conducta, de acciones y omisiones; no habiendo sentimiento alguno que no pueda ser causa, y que no lo sea a menudo, de que cometa el hombre, ya acciones buenas, ya malas.”

Creía que la vida “valía bien poco.” Reducid a la naturaleza humana a sus impresiones naturales, convertid al hombre en siervo de las circunstancias y de las asociaciones, anulad los sentimientos del corazón, degradad los objetos que inspiran cariño, negad la autoridad de la conciencia, extinguid todo lo que hay de ideal en nuestra naturaleza, borrad todo lo divino, vivid en un estado de insensibilidad estudiada respecto de las bellezas del arte y la ternura de la simpatía, despreciad los goces, aun los más puros; no os entreguéis a intensidad alguna de sentimientos, o sólo a aquella en que os complacéis en vivir a despecho de todas las naturalezas más nobles que la vuestra, sustituid el amor con el odio como primer agente de la sociedad, y cuando hayáis convertido el mundo en una cárcel tan horrenda, excludid de ella hasta la idea de un Creador benévolo y de una existencia mejor, y tal vez convendréis con Mr. Mill en que la vida, bajo tales condiciones, vale bien poco, una vez exhausta la juventud y satisfecha la curiosidad.

“Das ist deine Welt. ¿Ist das eine Welt?”

“Este es tu mundo. ¿Es este un mundo?”

Igual razón hay para despreciar la vida después de haberla despojado de todo lo que la adorna, como para rechazar la idea de un Dios benévolo, porque ese Dios no ha expulsado el mal del universo. Con harta

razón podía exclamar Macaulay, como lo hizo después de diseccionar y apurar hasta la raíz el sistema de Míster Mill.

“¡Tal es la filosofía, por la cual debemos rechazar la experiencia de tres mil años: esa filosofía, cuyos partidarios hablan como si hubiese guiado al mundo al conocimiento de la navegación y de la escritura alfabética, como si antes de su albor, los habitantes de Europa hubiesen vivido en cuevas y se hubiesen comido unos a otros! Estamos hastiados, según parece, como los hijos de Israel, de los objetos de nuestro antiguo y legítimo culto. Deseamos con vehemencia una nueva idolatría. Todo lo que hay de noble y de ornamental en el arca de nuestra inteligencia, debe ser vaciado y arrojado a la hoguera para que salga este becerro.” (*Edin. Rev.* vol. XLIX, página 185.)

Sea cual fuere el valor del ídolo, James Mill estaba dispuesto a sacrificarle su hijo, y colocándose en contradicción resuelta con las tradiciones del género humano, trató de hacer entrar por fuerza a aquella joven y poderosa mente por las mismas angosturas y en los mismos grillos que fueron causa de que en tan poco tuviese él la vida. Afortunadamente no lo consiguió por completo; y precisamente la alborada y el progreso de más vivos y más nobles sentimientos en John Mill, quien poco a poco llegó a ponerse en antagonismo directo con gran número de los más predilectos dogmas de su padre, es lo que presta tan peculiar encanto a esta narración de su vida. Pero el esfuerzo y la lucha casi le costaron la existencia, y el bárbaro procedimiento de contorsión a que había sido sometido desde su infancia dejó en él señales indelebles.

Edinburgh Review, núm. 283.

(La continuación en el próximo número.)

José L. Tasset
 Universidade da Coruña
 e-mail: <jose.tasset@udc.es>